

Hacia la santidad

Ofrecemos el audio de la homilía pronunciada por san Josemaría el 26 de noviembre de 1967 y recogida en Amigos de Dios.

10/12/2013

Nos quedamos removidos, con una fuerte sacudida en el corazón, al escuchar atentamente aquel grito de San Pablo: ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación. Hoy, una vez más me lo propongo a mí, y os recuerdo también a vosotros y a la

humanidad entera: ésta es la Voluntad de Dios, que seamos santos.

Para pacificar las almas con auténtica paz, para transformar la tierra, para buscar en el mundo y a través de las cosas del mundo a Dios Señor Nuestro, resulta indispensable la santidad personal. En mis charlas con gentes de tantos países y de los ambientes sociales más diversos, con frecuencia me preguntan: ¿Y qué nos dice a los casados? ¿Qué, a los que trabajamos en el campo? ¿Qué, a la viudas? ¿Qué, a los jóvenes? (...)

Pensaréis que la vida no es siempre llevadera, que no faltan sinsabores y penas y tristezas. Os contestaré, también con San Pablo, que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes; ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura, podrá jamás separarnos del amor de

Dios, que se funda en Jesucristo
Nuestro Señor. Nada nos puede
alejarse de la caridad de Dios, del
Amor, de la relación constante con
nuestro Padre. **Sendero de oración**

Recomendar esa unión continua con
Dios, ¿no es presentar un ideal, tan
sublime, que se revela inasequible
para la mayoría de los cristianos?
Verdaderamente es alta la meta, pero
no inasequible. El sendero, que
conduce a la santidad, es sendero de
oración; y la oración debe prender
poco a poco en el alma, como la
pequeña semilla que se convertirá
más tarde en árbol frondoso.

Empezamos con oraciones vocales,
que muchos hemos repetido de
niños: son frases ardientes y
sencillas, enderezadas a Dios y a su
Madre, que es Madre nuestra.
Todavía, por las mañanas y por las
tardes, no un día, habitualmente,

renuevo aquel ofrecimiento que me enseñaron mis padres:

¡oh Señora mía, oh Madre mía!, yo me ofrezco enteramente a Vos. Y, en prueba de mi filial afecto, os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón...

¿No es esto —de alguna manera— un principio de contemplación, demostración evidente de confiado abandono? ¿Qué se cuentan los que se quieren, cuando se encuentran? ¿Cómo se comportan? Sacrifican cuanto son y cuanto poseen por la persona que aman.

Escuche la homilía [aquí](#)